

# EL BOYERO (ITZAYA)

---

Es un tipo clásico donostiarra que va desapareciendo. Aquellos hombres, la mayor parte de ellos *gizones* fornidos, con su traje irrepachable, siempre azul, boína del mismo color y calzados con alpargatas blancas. La blusa, no colgante como ahora la llevan los *carreros*, sino metida su extremidad dentro del pantalón, o sujeta con la faja, era el boyero de entonces un tipo admirable, con el *akullu* terciado debajo del brazo izquierdo y la secular pipa de *igeltzu* en la boca.

Conducían ordinariamente la rastra, *lera* o como quiera llamarse a aquel armazón de madera, que, para facilitar su andar, su transporte, sin ruedas, sólo tenía dos barras de hierro o acero, superpuestas en la base de los dos lados mayores del paralelogramo que constituye la *rastra*; y claro es que las barras metálicas por su roce con el adoquín del empedrado, se hallaban relucientes como si fuera plata nativa. Sea porque con la generalización del asfaltado, los bueyes que *arrastraban* la *rastra* no tenían donde agarrar para poder tirar mejor, o por el aumento de las carretillas tiradas por un caballo, es el caso que la rastra o lera del típico boyero va desapareciendo.

Y a propósito de esos *itzayas*, recuerdo que la Beneficencia o Santa Casa de Misericordia tenía un impuesto sobre el arrastre de carga por las *leras*. Se dejó de cobrar. ¿Por qué? No lo sé.

¡Y cuidado que se arrastraba carga con aquellas letras, y que ganaban dinero aquellos boyeros!

Recuerdo, entre otros, aquel famoso Gaspar, de Ayete (casi todos los *rastreros* eran de la parte de Iñturin). Con mucho talento natural, dentro de su poca instrucción vulgar, era Arriesgado y tenía buen golpe

de vista. Durante la última guerra civil, transportando del Castillo al Parque y viceversa, y desde la plaza a los fuertes, grandes cargas y pesados cañones, reunía el buen Gaspar diez o doce o más parejas de bueyes y prestaba muy buenos servicios; por supuesto, sabía cobrarlos cumplidamente.

Otro empleo preciosísimo de las famosas *rastras*, cupo a una de ellas la víspera de la Virgen de Agosto por la noche, el año 1884, hace ahora 31 años; como quien dice ayer a la tarde.

En una rastra tirada por una pareja de bueyes, y conducida por el fornido *Merkelin*, se instaló un piano. Eran todos estos preparativos para una serenata nocturna que allá de doce en adelante dedicaban los jóvenes de entonces a sus bellas. Se formó al efecto la orquesta siguiente: Pianista, S. Sobrino; violines: Clemente Ibarguren e Ignacio Tabuyo; flautas: Paulino Inciarte y Cándido Soraluze; guitarras: Buenaventura Soroa e Hilario Landa (fallecidos ambos).

A esta *bruyante* comitiva se unió después de obsequiarles por su serenata, el famoso oboe que fué del Teatro Real y director por aquel entonces de la brillante banda de Ingenieros encargada de los conciertos del Boulevard, el inteligente compositor y amigo de aquella pléyade de *errikoñemes*, Juarranz (q. e. p. d.). Terminó el filarmónico desfile trasladándose, ya de madrugada, a la desaparecida plaza de San Martín alto, donde amenizó los ejercicios acrobáticos que el popular Eusebio Echeverría, recientemente fallecido, realizó en un tablado que servía en aquel lugar para la música de Galatas.

En fin, todo aquello pasó y lo que va pasando también, es el boyero tipo Gaspar y *Merkelin*, con su traje azul irreprochable, boina del mismo color, calzado con alpargatas blancas, la blusa metida debajo del pantalón o del *gerriko*.

Va desapareciendo también la *lera*. Claro es que subsiste el casero o *itzaya* de blusa o boina, conduciendo ordinariamente el carro grande de dos ruedas; pero no es el tipo clásico del boyero con la blusa ceñida por las *galtzas* o *gerriko*.

KASHO

